



Cuentos californianos

Adolfo Carrillo

Oro y sangre

△▽

La mañana del 5 de enero de 1849, nevó copiosamente en el vallecito de los Madroños, situado entre las montañas de Iolo y Tolomé, que le cierran el paso de occidente a poniente, encerrándolo en un nicho de esmeralda y grana. El arroyo del Pájaro, que serpenteando lo cruza, aparecía congelado y silencioso, deslizándose muy quedo, bajo las densas capas de nieve que le visten en nívea blancura. Las avecillas selváticas, atareadas en sacudir de su plumaje los blancos copos, se olvidan de saludar al sol naciente con sus trinos acostumbrados, y las que no agitan las alas del polvo glacial, buscan en los troncos de la arboleda las gordas larvas que inviernan en las raíces.

Los únicos signos de vida en el escueto valle son dos columnatas de humo que ascienden retorciéndose en el espacio: la una, la del centro, sale del molino de Sutter, a las márgenes del riachuelo; la otra, despréndese de la chimenea de una casuquilla blanca, a medio ocultar entre un bosquecillo de viejos sicomoros, cuyo deshojado ramaje besa la húmeda tierra.

De la casita blanca surge una linda muchacha, y al salir, mira furtivamente en todas direcciones, cual temerosa de que alguien la viera. Luego, encaminándose apresurada a un apartado seto, saca de un montoncillo de hojas secas varios objetos que relumbran a la débil y temblorosa luz solar, poniéndolos en su delantal; y arremangándose graciosamente las faldas, la muchacha dirígese hacia el molino. Ya casi a las puertas vuélvese a detener, vese en un espejito, y arreglándose la rubia cabellera,

llama resueltamente a la puerta, recibéndola en los dinteles un joven de mediana estatura, ojos verdes y color bronceado.

-¡John, John! -gritó la joven alborozada-. Aquí te traigo lo que te prometí anoche. Ya nos podemos casar ahora. ¡Mira, mira!

Al extender el delantal, Altagracia dejó caer pepitas y tejos de oro de todas formas y tamaños. Uno, el más grande, simulaba un corazón dorado, clareado de parte a parte con un agujerillo áurico.

John Marshall -así se llamaba el mancebo- abalanzose sobre el oro atropellando a la muchacha, que retrocedió amedrentada, al verle transfigurado. Y mientras él manoseaba y besaba las pepitas, ora agarrándolas, ora soltándolas en convulsivas manos y ojos saltones, cual si fueran a escapar de las órbitas. Altagracia entristecida miraba y remiraba a su amante con más asombro y estupor, maravillada de que unas cuantas piezas de relumbrosa materia, de frío metal, tuvieran ante los ojos de su novio mayores fascinaciones que sus frescos labios, sus ardientes ojos y sus mejillas de rosa.

Y espantada de lo que había presenciado, o tal vez desilusionada, quiso huir, alejarse para siempre, o morir allí en su camita de blanco pino, junto al retrato de su madre doña Jesusita, que dormía el sueño eterno bajo la sombra de dos melancólicos abedules. Mas la mano brusca de John la detuvo asiéndola con fiereza y diciéndole:

-¡Ah!, se me había olvidado besarte. ¡Venga un beso! -Mas ella esquivó la faz, forcejeando por alejarse. ¡El amor había muerto para siempre jamás en su alma! El contacto con John, el roce de sus carnes con las suyas, su voz misma le eran ya repulsivos; y esa reacción de una psicología para ella ignota, impidió que sus grandes y zarcos ojos se arrasaran de lágrimas.

Marshall la hizo entrar a las habitaciones del molino. Sutter, su dueño, había ido a invernar a Monterey, y John vivía solo, con dos chinos que le servían de criados. Sentados ambos en la gran sala, John mandó a los mongoles que pusieran más leña en la chimenea y sirvieran el desayuno. Un pobrecito canario, con el amarillento plumaje henchido de frío, languidecía en su jaula colgada en la ventana, en tanto que un gran perro danés, atado de una cadena, aullaba de cuando en cuando, causando estremecimientos de pavor a la muchacha, que había declinado el desayuno.

Entre tanto, John jugueteaba con el oro, lo apretaba y lo frotaba, un tejo con el otro, una pepita con la otra, aventándolas, soplándoles la arena de la opaca superficie. Por fin, sacó un lápiz y se puso a hacer anotaciones con la abstracción de un químico que analiza diversos componentes de un cuerpo físico. Altagracia se levantó queriendo salir; mas él la volvió a retener, interceptándole el paso.

-Sabes, *my dear girl*, ¿cuánto vale este oro que me has traído? -dijo John, con voz metálica y silbante. Y sin dar tiempo a que la muchacha respondiera, prosiguió:

-¡Mil dólares! Me vas a decir ahora dónde los hallaste. No hay que perder un solo momento. Si otros saben los tesoros que hay por aquí, vendrán por millares de

millares. Después de la guerra con México, California se está llenando. ¿Y qué sucederá cuando sepan que hay oro a montones?

-¡John!, yo te amaba con toda el alma, con todo el corazón, y por ti hubiera dado gustosa la vida. ¡Mas ahora te desprecio y doy gracias a Dios de que no hubiera permitido el unirme a ti, a ti que perteneces a otra raza que prefiere el oro al amor, la riqueza a la dicha, los dólares a los besos!

Y quitándose colérica el anillo que John en una ocasión le diera, lo arrojó por el suelo, yendo a rodar a las patas del gran sabueso danés, que de nuevo se echó a aullar, atronando la gran sala con sus aullidos.

Marshall se adelantó, y avanzando furioso sobre la muchacha, amenazándola con los puños, vociferó:

-Dime dónde están las minas y mañana mismo nos casamos. Apresúrate antes que alguien llegue. Hoy espero al señor Sutler.

Luego, cambiando de tono, dio a su ronca voz un timbre meloso, acariciante, suplicatorio, cayendo de hinojos ante ella.

-*For God's sake!*, ¡por la memoria de tu madre!, dime dónde está el oro. Después de casados nos iremos a Europa, a Nueva York, donde tú quieras. ¡Habla, Altagracia, habla!

El perro seguía aullando y los copos de nieve cayendo. De repente, el canario cayó al fondo de la jaula, moribundo. La muchacha corrió hacia el pajarillo, y sacándolo de su dorada prisión se lo echó al seno para calentarlo, sollozando:

-¡Pobrecillo! Has perdido a tu amante como yo al mío. En seguida, tornándose a Marshall, díjole, con esa exquisita ironía de la que sólo es capaz una mujer burlada y decepcionada:

-¡No, John! Todo ha terminado entre nosotros. El oro que quieres, que es tu Dios y lo fue de tus padres, lo hallarás a la margen derecha del arroyo. Escarba y encontrarás los tejos. ¡Qué digo!, aquí mismo, bajo el molino, todo se halla empedrado con oro. Déjame ir ahora. Ya sabes que mi padre está muy enfermo. ¡Adiós!

Silencioso, John la había escuchado, sin perder una sílaba. En su alma habíase entablado fiera lucha: la del amor contra el oro, la del corazón contra el cerebro. Y en la contienda salió victorioso aquél. Pero fue demasiado tarde. Afrodita habíase transfigurado en Galatea.

Y viendo que sus súplicas y sus ruegos no hacían mella en la muchacha, y en momento enajenativo y delirante, dióle muerte de un pistolazo, enterrándola bajo los cimientos del molino. Cerca de éste, elévase ahora la estatua de John Marshall, el descubridor del oro, teniendo como bajo relieve en bronce un sabueso danés...

Todo ese día el anciano don Julián, padre de Altagracia, esperó en vano el regreso de la muchacha, que era todo su querer y único amparo. La mañana siguiente se levantó como pudo, y casi arrastrándose, dirigióse hacia el molino. Marshall salió a recibirle; había en los ojos de éste un fuego extraño, y siniestra lividez en su semblante. ¿Era el mismo joven de ayer o había envejecido en veinticuatro horas?

-¿Qué busca usted, don Julián? -preguntó al anciano con voz ronca e imperiosa.

-Pues ando en busca de mi muchacha, don Juan. ¿No la ha visto usted por aquí?

-¡No! Yo creo que se fugó con algún mexicano. ¡Váyase!, ni con ella ni con usted quiero tener nada. ¡Váyase!

Y esto diciendo, Marshall cerró estrepitosamente la puerta, dejando al señor Estudillo afuera, perplejo y lloroso. De repente, éste se inclinó recogiendo una pepita de oro que brillaba al pie de un rosal. Al tocarla y esconderla en su blusa, las facciones del vejete se iluminaron, endureciéndose en crispaciones de odio y de venganza. En seguida, cojeando y resbalando en la escarcha, volvió a entrar a su humilde casuquita. Una vez en ella, abrió un baúl apolillado, en cuyo fondo yacían pólvora y balas. Después de cargar la carabina, que se hallaba a las espaldas de su catre, arrodillóse ante un crucifijo que pendía de las paredes, murmurando fervorosas plegarias. Y desde entonces veíasele vagar por el solitario valle, o bien pasando las horas, escopeta en mano, agazapado en los matorrales.

E invisible en el bosque, el viejo Estudillo presenció, siempre en acecho, la primera invasión de los gambusinos y buscadores de oro, que llegaban a pie o cabalgando en mulas y caballos. En su mayoría hombres barbudos y güeros de colosal estatura y rufianesco talante, armados todos con rifles y cuchillos de monte, y todos cargando picas y azadones. Deteníanse de trecho en trecho, y sentándose en círculos, prendían fogatas cocinando y hablando en todos los idiomas. Otros cortaban árboles construyendo pequeñas habitaciones, escarbando la tierra en todas direcciones en busca del precioso metal. Con frecuencia reñían unos con otros, cayendo sin vida no pocos, que eran sepultados precipitadamente con un réquiem de juramentos y risotadas. El valle tranquilo y seráfico de ayer, era hoy un pandemónium, un infierno de pasiones desencadenadas y bestiales, donde los más fuertes y codiciosos aplastaban a los más débiles, exhibiendo como trofeos pepitas de oro y corazones que chorreaban sangre. Pavoridos, los pájaros habían huido volando hacia el sur, en tanto que las ardillas, no menos amedrentadas, brincaban de pino en pino, correteando veloces hacia los lejanos cerros coronados de nieves eternas.

¡Paso al hombre! ¡Paso a la imagen de Dios!

Noche por noche, cuando las sombras apagaban los ruidos y las fogatas chisporroteaban, escuchábase el detonar de un arma de fuego, y al amanecer algún gambusino aparecía muerto, víctima de misteriosa y certera bala. Al principio, creyose que fuera efecto de reyertas nocturnas, de duelos mortales entre uno y otro rufián. Mas en vista de que los cadáveres no eran robados, dio pábulo en los campamentos a conjeturas diversas. En vano fue que los gambusinos organizaran un comité de

vigilantes: los asesinatos nocturnos continuaban humedeciendo con su sangre las auríferas vetas.

Es que la escopeta de don Julián Estudillo no descansaba nunca, siempre fiel a manos del vejezuelo. Cada vez que apretaba el gatillo, sus sanguinolentos ojillos chispeaban, y cuando el tiro daba en el blanco, exclamaba jubiloso:

-¡En memoria tuya, Altagracia! ¡Ya van treinta! ¡El último cartucho lo dejo para Marshall! ¡No escapará, duerme en paz, hija mía!

Una vez, empero, don Julián fue sorprendido en el acto, y en menos de diez minutos su cadáver se columpiaba del mismo sicomoro donde se había mecido la cuna de Altagracia. El último vástago de la familia Estudillo, había desaparecido de la faz dorada y ensangrentada de California.

Con el transcurso del tiempo John Marshall había llegado a ser un millonario, fincándose un suntuoso palacio en la calle de Polk, del puerto de San Francisco. Y en sus dorados recintos, condujo triunfalmente a su encantadora mujer, una inglesita rubia, esbelta y sentimental. Algo como la rapsodia viviente de un Tom Moore. Ella tenía 18 años; su marido 52. Y por eso la luna de miel fue borrascosa y breve: Helen encontró un amante; John, una querida. Y entre la querida y la esposa, los millones se fueron yendo, y con ellos los dos únicos afectos del millonario Marshall.

Un día su mansión fue rematada en pública subasta: un lienzo de Rembrandt, por el cual había pagado en Londres doscientos mil dólares, fue vendido en cinco mil a madama Gabriela Dubois, la sensual Mesalina del *Chat Noir* del barrio latino, y los costosos bibelots, traídos desde Tokio, Bruselas y París, rematáronse en irrisoria cantidad al israelita Cohn de la avenida Van Ness.

De pie, ebrio de whisky y abrumado de negros recuerdos, John Marshall contempló el vacío que el destino había hecho en su torno, atropellándose en su mente las evocaciones de un pasado sin presente, de un presente sin futuro, de un futuro sin esperanzas ni ilusiones. Y fue entonces cuando sus cansados ojos hubieron de arrasarse en lágrimas, apareciendo allá, en lontananzas de luz crepuscular, la imagen tierna y dulce de Altagracia, esperándole con un ramo de flores, bajo la sombra del copudo madroño donde se citaban, se veían y se besaban.

Ella resurgía en nimbo angelical, con purezas de rosa que abre su corola, contenidas y perdidas en exquisitas melancolías.

¿Imaginose que una de sus manos goteaba sangre, o de hecho caían las gotas - ¡*chis, chis, chis!*- en el desnudo y terso entarimado de caoba?

Presa de esa terrible obsesión, sacó la pistola con la mano izquierda, disparando a quemarropa sobre la diestra...

El valle de Iolo tornó a recobrar su pastoril reposo, mas la cicatriz había sido tan honda, que no era ya ni la sombra de lo que un tiempo fuera. Los árboles habían

desaparecido y el arroyo, que piadoso había ocultado en blando lecho, por siglos de siglos los tesoros del mundo, aparecía reseco y cuajado de espinosas matas, albergue de grillos y viborillas. Los cerros mismos desnudos de arboledas, perfilábanse agobiados en siluetas graníticas, rajadas aquí y allá por la dinamita de los mineros y buscadores de oro.

La profanación de la obra plástica y bella de la Madre Naturaleza había sido completa: el cazador y el viajero, al pasar por esa desolada región, apresuraban el paso temerosos del piquete de un áspid, o de uno de tantos venenosos insectos que anublan la atmósfera en sus sempiternos vuelos.

Del molino Sutter solamente queda un montón de escombros, por entre cuyas derruidas paredes, escabúllense presurosos los zorrillos, saturando el ambiente de pestíferas y azufrosas emanaciones.

Y en ese yermo trágico, dejado de la mano de Dios, vagó cual alma en pena, de 1856 a 1869, habitante en mísera choza, John Marshall, el descubridor del oro en California en 1849. Habíase dejado crecer la barba y el cabello, andurriando vestido de piel de oso y sin sombrero. Frente a su choza había plantado un jardín y un huerto, con agua traída desde las cumbres de Iolo. Con nadie hablaba, a nadie pedía nada. Muchas veces, y al pardear de la tarde, veíasele arrodillado al pie de las ruinas del molino, levantando los brazos al cielo en convulsivas plegarias. Volvía luego a su jardincillo, y antes de tenderse en la dura tabla que le sirviera de lecho, cortaba una rosa de la mata que en 1848 plantara Altagracia, y con ella dormía acercada a los labios, cubierto el semblante de un velo de canas y de lágrimas, interrumpido en pulsaciones lacerantes de remordimientos. Y fue enterrado con la flor que tanto amara: es decir, ¡con el recuerdo purísimo del amor de sus amores!

Juana la Loca

△▽

Corría el mes de julio de 1824, año llamado *terrible* para la provincia de la Alta California. Las cosechas habíanse perdido, víctimas de una prolongada sequía; en los mustios campos blanqueaban los esqueletos de las reses o sus abotagadas formas en la quemada grama, envenenando el ambiente con putrefactas exhalaciones. Y por cima del desolado paisaje, apercibíanse parvadas de voraces zopilotes, que descendían y ascendían en fétidas comilonas. Y de no haber sido por los naranjos y limoneros, que dejaban asomar su dorada fruta entre el verdinegro ramaje, uno creería hallarse en un mundo de muerte, en un lugar reservado a los eternos castigos.

El único oasis en esa trágica desolación, parecía ser la misión de San Juan Capistrano, cuyo umbroso huerto surgía en tonos de esmeralda, aprisionada en un estuche de agrietada polvorencia. A la izquierda chispeaban las aguas del golfo de Santa Catalina, y más cerca, el tumultuoso oleaje de punta de San Juan, venía a morir palpitante en la nívea playa de Laguna.

Era ese día, el de la víspera del domingo 5 de julio y, por ser sábado, el prior de la misión, reverendo Isidro Fonseca, había convocado a sus feligreses a plegarias

penitenciarias, a fin de implorar de Dios misericordia por la horrenda aflicción que asolaba en esos momentos aciagos a California. Desde Camulos, Gavilán y San Diego, llegaban presurosos indígenas y californianos, unos a caballo, en su mayor parte pie a tierra. En todos los semblantes refléjase la angustia y el hambre, pues no pocas familias habían venido subsistiendo del yerbaje y frutas silvestres. Fue ese desfile algo como una procesión de momias apergaminadas, sin más luz espiritual que la proyectada de sus ojos hundidos y febricitantes.

A la cabeza de todos ellos, descollaba la figurilla enjuta y haraposa de una vieja, asiendo una cruz de madera en las huesosas y sucias manos. Su cabellera de un cano ceniciento, cubría sus desnudas espaldas -un pincelazo de Goya trazado en las ondulaciones de un sudario-. De cuando en cuando, la vieja se detenía arengando a las multitudes, silbando por entre las desdentadas encías:

-Esto de la sequía es un castigo de Dios, merecido de todos nosotros. Pero eso no es nada. Acuérdense ustedes de mí, de Juana, a quien ustedes llaman *la Loca*. ¿Ven ese sol que arde y esos pájaros negros que vuelan sobre nuestras cabezas? ¡Ja, ja, ja! Pues mañana, antes de que la luna resplandezca en las montañas de Gavilán, esas aves estarán hartas de nuestra carne. ¡Arrodíllense, puercos de Lucifer, ahora que es todavía tiempo!

Los indios posternábanse de hinojos, lanzando lamentos las mujeres, mas las gentes llamadas de razón, recibieron con rechifla y estrepitosas carcajadas, las profecías macabras de la pitonisa, que seguía clamando y manoteando.

Terminados los rezos al aire libre, los romeros se pusieron en moción, entonando discordantes letanías, reminiscentes de peregrinaciones idólatras y bárbaras, arribando a la misión precedidos de nubes de polvo, gritería y ensordecedor tamborileo.

De los ocho misioneros que componían la Hermandad de San Juan Capistrano, todos ellos peninsulares, el más joven y menos apegado al hábito era fray Bautista Rincón, perteneciente a una distinguida familia asturiana. Su padre, debido a las calaveradas y amoríos del mancebo, había condenado a vestir el hábito, viniendo a California ya revestido con las órdenes sacerdotales. En España había llevado una vida muy borrascosa, y en Madrid fue ayudante y queridito de José Bonaparte, apodado por los madrileños *Pepe Botella*. Bautista acompañó siempre al monarca en sus nocturnas excursiones amorosas, y a semejanza del don Juan, de Byron, tendía su capa a los pies de las hembras más guapas de Aranjuez y de la Puerta del Sol. Al restablecerse la monarquía, Bautista estuvo a punto de ser ahorcado como traidor, salvándole del patíbulo una manola que fue querida de Moratín.

Lo primero que hizo fray Rincón al llegar a Capistrano, fue el cultivar amistad con las familias comarcanas, haciéndoles visitas no solicitadas, con un pretexto o el otro. Así fue como conoció a Manuelita Agra, hija del hacendado don Librado, dueño del rancho del Gavilán. Ella era alta, blanca y esbelta, de ojos azules, de ese azul de mar, tan comunes en Vizcaya, los que, al mirar, reflejan encantos de dichas anticipadas. Él era de mediana estatura, con músculos de acero y ojos moriscos y meridionales, y

tempestuosas voluptuosidades. Poco a poco, sutil y hábilmente, el don Juan de hábito gris y corazón de hiena, hubo de cautivar a la muchacha, refiriéndole historietas más o menos imaginativas, de su azarosa juventud.

-El Santo Padre -díjole una vez, refiriéndose al Sumo Pontífice-, me concederá el colgar los hábitos y entonces podremos casarnos. Porque mi familia es muy influyente y poderosa en la Corte de Madrid.

Manuelita, nacida en el rancho y ajena a intrigas cortesanas, no vaciló en caer en sus brazos, y desde ese día veíanse con frecuencia, en clandestinas citas. Mas la vieja Juana *la Loca*, que era una mendiga ambulante y a todos conocía, los sorprendió más de una vez en amorosos deliquios, esparciendo la voz de escándalo por todos los andurriales. Y bien luego todo el mundo conoció el secreto, llegando a oídos de don Librado, que lo puso en conocimiento del prior Fonseca. Y mientras se debatía en la misión lo que debería hacerse para evitar el escándalo, Juana *la Loca* vociferaba en los cuatro vientos:

-¡Ya no hay vírgenes en Capistrano! Los padres de la misión están chupando su sangre y devorando como lobos su tierna carne. Yo he visto a uno de ellos, a fray Bautista, besando y abrazando a Manuelita Agra. Por eso la Providencia nos está flagelando con la sequía. Todo el ganado se ha muerto, menos los burros que andan en líos con el diablo. Espérense un poquito, un poquito más, y verán lo que nos pasa. ¡El mar bañará la tierra y la tierra se hundirá!

Y al emitir los apocalípticos vaticinios, Juana se alejaba carcajeando, desgarrando con sus secas manos, las marchitas hojas de los sicomoros.

-¡Pobrecita! -murmuraban los campesinos-. ¡El hambre ha empeorado su locura!

Y al brindarle con alimentos, ella los repudiaba, escupiendo y bailando en el terrenal. A veces, desplomábase exhausta en el camino, entretenida en cazar de su cuerpo las miríadas de insectos que la atormentaban. Y era en esa actitud y esos momentos cuando el prior Fonseca la exorcizaba, salpicando su rostro y sus andrajos con agua bendita.

La mañana del domingo 5 -el día del terremoto de 1824- fue de un alborar luminoso y candente. Los rayos de un sol esplendoroso besaban en caricias de riego las corrientes del golfo de Catalina, mientras que allá a lo lejos, en la cinta de plata que se llamaba playa de La Laguna, bandadas inquietas de pelícanos y gaviotas, sacudían alborozadas el pardo plumaje, picoteando en las olas en busca de peces. En vez de despertar, la tierra languidecía en somnolencia de tedio, no habiendo en los yermos páramos una sola avecilla, una sola flor, un árbol de fronda. Al mediodía había comenzado en la misión la misa cantada. La muchedumbre apenas cabía en la anchurosa nave. El calor era asfixiante y no pocos de los feligreses doblaban las rodillas desmayados por el hambre. Terminando el sacrificio, fray Rincón ascendió lentamente las gradas del púlpito. Iba vestido de sobrepelliz, pendiendo de su cuello una cruz de oro, rematada en amatistas. Su presencia fue saludada con murmullos, con cuchicheos y suspiros. Ofrecía, en verdad, un aspecto arrogante, el de un dios griego arropado en traje

sacerdotal. Sus grandes ojos fulguraban, en tanto que sus labios de Narciso nostálgico, movíanse en besos de anticipadas ternuras. La congregación femenina no le perdía de vista, siguiendo fascinada sus más leves movimientos. Por allá en el rincón de la nave, Manuelita en clásica mantilla, con el rosario de cuentas de oro jugueteando en las manos, no apartaba un instante su mirada de la faz adónica del joven predicador.

Éste, emocionado al distinguir el perfil angelical de Manuelita, principió el sermón, tomando como texto un verso de la *Eneida* de Virgilio y con voz bien modulada y de graduales inflexiones, principió diciendo:

-Si los santos y los mártires son grandes ante Dios, a iguales alturas se encuentran los poetas y los soñadores. Ellos también son mártires, ¡mártires del amor! Si Juan *el Bautista* hubiera amado, si nuestro padre San Antonio hubiera querido, nunca habrían muerto. Vivirían ahora en los hijos de sus hijos. Dante descendió al infierno - *descensus averni*- porque él quiso o impulsado por decepción amorosa. Para mí...

-¡Blasfemia! ¡Blasfemia! -gritaron en coro los misioneros que atónitos le escuchaban.

Y al avanzar en grupo hacia el púlpito, leve sacudimiento hízose sentir en la nave y en el cielo raso, acompañado de sordos y lejanos truenos, que parecían surgir de las entrañas de la tierra. De súbito, la voz estridente de Juana *la Loca* rompió el momentáneo silencio: trepada en un taburete de cuero en los dinteles de la puerta, desgredada y haraposa, Danaide de invisibles castigos e inexorables venganzas, la diabólica vieja aparecía transfigurada y centellante, y más bien chillaba que decía:

-¡Afuera! ¡Afuera! ¡La tierra abre la boca para tragárselos! ¡También tiene hambre! ¡Pobrecita!

Luego, viendo que todos se atropellaban por salir y nadie podía lograrlo, cayendo hacinados en manoteo de brazos y pernadas, Juana se echó a reír jubilosa, vociferando:

-¿Y dónde esta fray Rincón, Rincón el galante, el buen mozo, el novio de Manuelita?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ven a mis brazos, Rinconcito mío. Y aunque mis dientes se han caído y mis pechos se han secado, todavía puedo amar y besar. ¡Ah! Ya vienes, ya te veo venir. ¡Sígueme, sígueme, no tengo enaguas que me impidan correr!

Es que *la Loca*, viendo desde el atrio que las paredes caían hundiéndose con las techumbres, y que la tierra danzaba, abriéndose y cerrándose a trechos, dejando aperturas de abismo por todos lados, volaba, más bien que corría con dirección a la punta de San Juan, cercana a la cual tenía su guarida. Mas una colosal marejada habíale cerrado el paso y engolfado su cueva. La reventazón del mar había hecho desaparecer las playas e invadía las colinas, formando estruendosos torbellinos con las aguas del golfo de Catalina, que se adelantaban en negras trombas sobre San Juan Capistrano, que era ya un montón de ruinas. La fragorosa locura de los desencadenados elementos parecía divertir a las gaviotas que de propósito desafiaban sus cóleras, ora rozando con sus graciosas alas la temblorosa tierra, ora bien posándose, majestuosamente altivas e indiferentes, en las espumeantes crestas del oleaje.

-¡Oh! ¡Si yo fuera gaviota! -murmuró Juana en un instante de lucidez. Es que el terror le había devuelto la razón. ¿Cuántos años había estado loca, loca por causas de amor? Y en su mente penetró un rayo de luz. Evocó entonces su niñez en el convento, su desastrado noviazgo, el llanto de un niño, de su hijito. ¿Qué había sido de él?

Y arrodillada, la sorprendió el oleaje, arrastrándola, empujándola amorosamente en su abismal seno, purificando en abluciones salobres, el jirón de materia, iluminado por un átomo de inmortalidad. Antes de que las tormentosas aguas anublaran su vista, elevó los ojos hacia las estrellas, que ya cintilaban en el infinito espacio, sonriendo al murmurar:

-¡Jesús, María y José!

Nadie escapó con vida en San Juan Capistrano y duró dos meses la exhumación de los cadáveres, que ascendieron a novecientos. El padre Saldívar, que hasta fines de 1915 tenía a su cargo la misión, me refirió lo acontecido a fray Rincón y a Manuelita Agra, cuyos restos fueron descubiertos estrechamente abrazados. Un testigo ocular lo contó así:

«Yo escapé por puro milagro, tomando refugio en uno de los sótanos. Era yo muy muchacho y delgadito, y pude deslizarme bajo el quicio. Mas antes de escabullirme, presencié la muerte del padre Rincón y de la señorita Agra. A las primeras trepidaciones, la confusión fue espantosa, y entre ellos, pude ver a fray Bautista asir por la cintura a Manuelita, llevándosela en las espaldas. Era un diablo ese fraile. ¿Qué cree usted que hizo para abrirse paso? Pues desenvainó su navaja catalana y principió a cortar a cuantos estorbaban a su paso. La sangre había teñido en rojo su blanco sobrepelliz, y de sus mangas chorreaba la sangre. Y así se abrió una brecha de muerte en la compacta multitud. De no haber sido por el prior Fonseca habría escapado, pues se hallaba ya muy cercano a la puerta, cuando éste le disparó un pistoletazo a quemarropa, dejándole muerto en el acto. El prior le seguía con la tenacidad del gato al ratón: vile poner la chispa en la pistola, apuntarle y disparar. Fonseca arrojó el arma y se inclinaba para levantar a Manuelita, cuando ocurrió otro sacudimiento, abriéndose el suelo y tragándose a muchos. Más muerto que vivo, bajé al sótano, y al día siguiente, cuando todo aparecía quieto, salí al aire libre, escapando sin tardanza para el rancho de Camulos. ¿Y sabe usted lo que me salvó la vida? ¡Pues un escapulario heredado de mi madre y que bendijera fray Junípero Serra! Pero si yo debo la vida al escapulario, ¿a quién se la debe mi perrito, que estuvo conmigo en Capistrano y aún no se muere?»

La última cena



Era un día de septiembre de 1827. Desde el albear, la misión de San Gabriel Arcángel, surgía engalanada de las claridades matutinas, ostentando por fuera gallardetes, imágenes de santos y santas, y allá abajo, cercado el silencioso recinto, esparcían enramadas de donde colgaban farolillos de papel chillón, matizando el lugar en caleidoscopio de orientales y barbáricos efectos.

El lego Pichegrú, subía en esos momentos las tortuosas escaleras del campanario, chascando las sandalias de escalón en escalón, y al llegar junto a la esquila, atose el cordón que ceñía el hábito franciscano, y colocando su carnosa mano a guisa de visera, púsose a contemplar el soberbio paisaje que se extendía a su vista, en todas direcciones. Las cuencas de las colinas que calladamente descienden al risueño valle; los montículos de Palo Santo -Hollywood- cuyas cimas el sol ya besa; los huertos verdinegros que en oleaje de verdura invaden las blancas y polvorosas veredas que culebrean hacia el pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles. Y allá en lontananza grupos de jinetes y carricoches que avanzan, levantando nubecillas de brillante polvo.

La esquila tañe llamando a los fieles a la primera misa. Pero es misa de nupciales, pues va a casarse en la iglesia María de la Concepción Echave, hija única del alcalde de Monterey, con don Ignacio Domínguez y Bobadilla, dueño de la hacienda de Playa del Rey, ocho leguas distante de San Gabriel.

Después de tocar, el sacristán acarició el badajo, murmurando al frotarse regocijado las manos:

-¡Caracoles!, ¡si hubiera bodas todos los días! Gracias a la Virgen que hoy vamos a comer pavo real, pescado de la bahía de Redondo, gallinas del rancho de doña Eduwiges, y todo rociado con vinillo de Sonoma, y un poco de amontillado de ese que tenemos en la bodega.

Y apretándose la barriga, que amenazaba saltar cual pelota, continuó cavilando:

-¡San Francisco de Asís me valga!, creo que estoy enflaqueciendo y no es maravilla. Chocolate y blanquillos por desayuno; sopa y puchero como almuerzo, y gallina, siempre gallina y jalea, en la comida. ¡Si no fuera por las dos botellas de vino que apuro todas las noches, mi pecaminoso espíritu estaría ya en las manos del Creador!

Al descender el último escalón, ya el gran patio de la misión hormigueaba en gentes que se apeaban de los caballos o bajaban de los coches. En esos instantes hizo su aparición la novia: venía ataviada en túnica de blanca seda, vaporoso y luengo velo y la simbólica corona de azahar en la frente. Su padre, el señor Echave, dábale el brazo. Era ella de pequeña estatura, tez aterciopelada y ojos luminosos y negros, que veían con timidez a la congregada muchedumbre. El prior de la misión, fray Lupercio de Revilla, seguido de acólitos en vestimentas de sacristía, salió a su encuentro conduciendo ceremoniosamente a la comitiva al interior del templo. Las campanas se echaron a volar vibrando en el ambiente de la diáfana mañana, las notas musicales de la orquesta de los franciscanos, que retozonas escapaban del naranjal del huerto. Mas entre el alboroto y la algazara, muchos se preguntaban:

-¿Dónde está el novio? ¡No lo hemos visto!

La esquila tocó la última llamada a la misa, y los minutos siguieron corriendo sin que se presentara el ansiado señor Bobadilla. Por último, un vaquero salió por órdenes del prior en busca del tardo novio, en tanto que Concha, de rodillas frente al altar y al lado de su anciano padre, volvía de cuando en cuando la encantadora cabecita, brillando en sus pupilas una luz de opalescentes fulgores. En las penumbras claustrales, los grandes cirios chisporroteaban a las tenues ráfagas del viento matinal, tal como si

presagiaran el advenimiento de una tragedia. ¿En qué pensaba María de la Concepción Echave, cuando todo en su torno parecía mofarse de su congoja y de su atavío? Las esculturas de los nichos parecen moverse y gesticular, haciéndole horribles muecas; la imagen de Nuestra Señora de Los Ángeles le saca la lengua apuntándole con el dedo; un Santo Niño de Atocha hace una pirueta y le vuelve la espalda, y el mismo arcángel Gabriel, desde su pedestal del altar mayor, parece parpadear y reír socarronamente tal como si dijera: «Ángeles, diablos y hombres, todos somos lo mismo. Nos gusta jugar con las mujeres como juegan los gatos con los ratones. ¡Pobrecilla!, ¡vuelve a tu hogar, quema tu velo de desposada, apaga los fuegos de tu corazón y entrégate a Dios en cuerpo y alma!»

Con los santos y esculturas moviéronse las paredes, rompiendo el espectral silencio el toque de la esquila que tañía a muertos. Concha se desplomó entonces desmayada en los brazos enervados de su padre, ¡flor que se marchita antes de abrir su perfumada corola!

Cerca de la rada de playa del Rey, erguíase en aquella época el caserón de la hacienda de don Ignacio Domínguez y Bobadilla, en la cumbre de un despeñadero que se levanta en línea perpendicular al pie de la solitaria playa. Había sido construido en el cascajo amarillento del promontorio, desde cuyas ventanas dominábase el mar a la izquierda y dilatadas praderas que se extendían a la derecha, pobladas de ganados y gritos estridentes de aves marinas. Con don Ignacio vivían un ama de llaves y tres sirvientes. Era el señor Domínguez un hombre como de 30 años de edad, alto y esbelto, color blanco, ojos cafés y amplia y despejada frente, que recedía abrupta en cabellos copiosos y ensortijados. No obstante ofrecer sus facciones una corrección helénica y un corte aristocrático, un buen fisonomista sorprendería en ellas algo de malévolo y de siniestro, especialmente en sus ojos, que, al mirar, herían con las pupilas, dejando resabios de inquietud y antipatía. Las huellas de la disipación y el libertinaje marcaban su semblante en escabrosidades de repulsión, pues era la faz de un sátiro, pincelada por un Velázquez. Había vivido mucho en breves años: lo denotaba el cansancio de su mirada austera y taciturna; el fruncimiento amargo de sus delgados labios; la risa sardónica que deformaba su bien cincelada boca, y al verlo, uno no podía menos de exclamar: ¡he ahí una ruina que se deshace en podredumbres!

En su corral, don Nacho tenía los mejores caballos de California, y su favorito era *el Cuervo*, precioso animal de gran alzada y estampa andaluza, el que montaba cuando iba a los coleaderos de los ranchos vecinos, o en sus excursiones nocturnas para San Gabriel o Nuestra Señora de Los Ángeles, donde los hermanos Sepúlveda solían dar los mejores fandangos. Los campesinos le llamaban *el Hechizado*, y algunos decían que tenía pacto secreto con el diablo, pues un día se le vio entrar al mar con todo y caballo, y en vez de ahogarse, reapareció chorreando llamas en la barranca de Topango del Río. Había enviudado a los tres meses de casarse, y los murmuradores le acusaban de haber matado a su mujer como resultados de una orgía. Y aún se decía que su caserón espantaba, pues que a la medianoche se escuchaban lamentos de alma en pena, y la figura borrosa de una mujer, deslizándose furtiva por los aleros. Mas sea como fuere, don Ignacio tenía irresistible fascinación entre el bello sexo, pues además de rico

y garboso, era bien parecido. Nunca asistía a la iglesia, mas para tener contentos a los misioneros, colmaba a las misiones de valiosos presentes y regias ofrendas.

Tal era, según versiones del vulgo, don Ignacio Domínguez y Bobadilla, cuyas posesiones rústicas partían de la Sierra Madre, en el norte, hasta descender al mar en las playas de Redondo y de San Pedro.

¿Qué había sucedido el día de su proyectado matrimonio en San Gabriel?

Oigamos lo que esa misma noche decía doña Juanita Peralta, platicando en la cocina con las dos criadas, Petrita, gorda y amoratada, y Jacinta, una indita de Zaboba, de tez cobriza y mirada de águila.

-¡Ay, Jesús mío! Don Nacho está embrujado. ¿A quién se le ocurre encerrarse a piedra y cal en su dormitorio el día de su casamiento?

-¿Llamó usted a su puerta, Juanita? -preguntó en tono resuelto, tornando el asador en las brasas.

-¡Yo toqué! -exclamó Petrita, pasando las cebollas de un platillo al otro-, y al recorrerse el cerrojo, ¿saben ustedes lo que vi? ¡Pues a un chivo negro con cabeza de mujer! Por eso llegué corriendo hasta la cocina. ¡Jesús, María y José!

Al decir esto Jacinta se santiguó y, acercándose a Petrita, díjole en voz queda:

-¡Vámonos de este lugar maldito!

Y cuando estaban en esos coloquios, sonó un aldabonazo en la puerta, entrando en seguida fray Pichegrú, que andaba forrajeando por esos rumbos.

-¡Ave María! Dios sea con ustedes, buenas mujeres. Llego sediento y hambriento. Primero una jarra de vino de Sonoma para remojar el polvo del gaznate. Después... una pechuga de gallina con salsita de jitomate y cebollita no me sentaría mal -y entre trago y bocado, fray Pichegrú les explicó el misterio de la ausencia de don Ignacio el día de sus proyectadas bodas.

En una palabra, él se había casado ya por la segunda vez y, temeroso de las consecuencias, creyó prudente el ausentarse.

-¿Y qué ha sido de la pobrecita doña Concha? -interrogó, arrasados los ojos en lágrimas el ama de llaves.

-Pues la infeliz muchacha está loca por atar. Cuando pienso en ella, pienso en el *vino-vino veritas*. Doña Juanita, otra jarra, que ésta ya toca fondos.

Y una hora después Pichegrú se encontraba tan bien comido y achispado que se echó a bailar con Petrita, besuqueando al pasar las mejillas de doña Juanita, y la nariz interrogativamente aguileña de Jacinta, y, en la gresca cocinal, no observaron que un

nuevo personaje entraba como protagonista en uno de los más intensos dramas pasionales que se hubieren registrado en los anales de la provincia de la Alta California.

Concha, jinete en brioso caballo tordillo y seguida de Pedro, montado en potro cerrero, habían llegado a Playa del Rey cuando el sol poniente comenzaba a perderse hundiéndose en las anchurosas aguas del océano Pacífico, tiñendo las crestas del oleaje en resplandores boreales. Las gaviotas volaban en parvadas hacia sus nidos de Catalina, deteniéndose a veces en el infinito espacio, suspendidas entre océano y cielo. La noche cerraba en indecisas opacidades, besando al moribundo día en siderales tristezas.

Escudero y doncella treparon por la colina cuyas veredas culebreaban hasta el caserón y entrando sin que nadie los viera, detuviéronse en los dinteles de la sala.

-¡No te muevas de aquí, Pedro! -dijo imperiosamente Concha a su sirviente. Y haciendo a un lado su velo azul, penetró en la habitación, altiva y trágica. Don Ignacio, sentado entre dos mujeres, frente a una mesa cargada de licores, levantó la cabeza al ver la airada aparición, en tanto que las cortesanas, poniéndose de pie, miráronse mutuamente, cubriendo la desnudez impúdica de sus voluptuosas formas con el mantel de la mesa. Silenciosa, apretando con los blancos dientes los carmíneos labios, Concha exclamó con voz trémula y extendiendo el brazo:

-¡Don Ignacio!, quiero hablar con usted a solas.

-Más tarde... -murmuró Domínguez, levantándose y sacudiendo la pechera de la camisa, confuso a la vez que irritado.

Sin decir palabra, las dos desvergonzadas mujerzuelas abandonaron pacíficamente la sala, cerrando con estrépito la maciza puerta, haciendo temblar los candelabros que colgaban del centro del cielo raso, pintado con alegorías de caza y pesca.

-¡Aquí me tiene usted, don Ignacio! -exclamó la muchacha adelantándose, y sonriendo con sarcasmo y amargura-. ¡Ni una sola palabra! -continuó ella, viendo que don Ignacio pretendía balbucear algo incoherente-. Me ha herido usted en lo más íntimo: ¿por qué no me dijo usted que era casado, que su nombre y su persona pertenecían a otra? ¿Por qué?

Y más y más encolerizada, Concha golpeando el duro suelo con su zapatito de raso blanco, prosiguió:

-Ahora soy el ludibrio de todo California. Mis amigos se ríen de mí. Las familias que conocía ahora me desconocen. Si tuviera hermanos ya me hubieran vengado. Pero estoy sola, sola y desamparada. Dígame, don Ignacio, ¿qué merece un hombre como usted? Dicen que estoy loca de amor, esto no es verdad, ¡gracias a Dios!

-¡Concha! ¡Concha! -gritó don Ignacio, cayendo de hinojos ante la Medea californiana, que con implacable lógica, ahondaba la herida de su alevoso pecho-.

¡Perdóname, te amo y te amaré siempre! ¡Vente conmigo para México, sé mi ángel una vez más, Conchita de mi alma!

Poco a poco, ella fuese acercando a él, repitiendo en voz sollozante:

-Vuelvo a preguntar, ¿qué merece un hombre como usted?

-¡Merece la muerte señorita! -afirmó don Ignacio, que permanecía aún de rodillas.

-¡Tú lo has dicho! -gritó la delicada muchacha en paroxismo de furia, clavando una daga en el corazón de su amante.

Éste, que no esperaba el golpe y tendía los suplicantes brazos para abrazarla, abrió los ojos aterrorizado, desplomándose inerte bajo la mesa, en los instantes en que fray Pichegrú, entonaba, en voz aguardentosa, un salmo cuya letrilla comenzaba así:

¡San Francisco!

¡Señor San Francisco!

*¡Líbrame de las buenas mujeres
y del mal vino!*

¡Del vino de Santa Rosa!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo